

# Intervenciones en Guadalajara

*Julio Ortega*

La presencia del Perú en la última Feria Internacional del Libro de Guadalajara tuvo un impacto intenso y distintivo. La peruana es una literatura que al deberse tan poco a los valores del mercado, le devuelve al lector la gratuidad de la lectura.

La presencia de Gustavo Gutiérrez (el intelectual peruano de mayor resonancia internacional) le dio un centro de gravedad a esa suma de voces. No sólo porque Gutiérrez ha llevado por más tiempo y más lejos el reclamo de un país más vivo, cuya forma interior es una fe en la justicia; sino porque su lección ética es la más clásica: poner a prueba las palabras en los actos. Hoy la moral se define no por la autoridad de las grandes causas sino por la sensibilidad para con los demás. El valor de la palabra empeñada es la apuesta central la cultura peruana, desde el Inca Garcilaso de la Vega hasta César Vallejo y José María Arguedas.

Pero fue, además, gratificante el buen ánimo de los nuevos escritores, los jóvenes y aún los más recientes, que arribaron al ágora con sus revistas y libros, documentos del nuevo siglo que se renueva y nos releva. Gracias a ellos, la literatura peruana puede ser un espacio generoso, libre de los traumas de origen (violencia, resentimiento, fracaso), y abierto a la conversación más creativa (a la salud mutua), aquella capaz de creer en el otro, en su palabra duradera. Esa es la lección de Alfredo Bryce Echenique, que recorre todas las instancias de la conversación como si se tratase de la mayor virtud peruana.

Recobro, en lo que sigue, las voces que me tocó añadir.

## **Encrucijadas de Tomás Segovia**

(Sesión Amigos de Tomás Segovia, Premio Juan Rulfo 2005)

Tengan cuidado de encontrarse con Tomás Segovia. No sabrán, sin peligro, tomar por un lado u otro. Porque Tomás Segovia es el poeta de las encrucijadas.

Está de pie y sonriendo, parado en una piedra, pero se abren las rutas tras suyo, como una interrogación. Se deja estar, de paso, en el entretanto. Parecería un Juan Rulfo español si no fuese un Tomás Segovia mexicano. Esos caminos que se cruzan pueden ser una cruz. Entrecruzado por la geografía afectiva, y entre preguntas de qué ruta tomar, Tomás rememora sus dilemas, y a la vera prosigue el poema que viene escribiendo hace 50 años, a trechos y treguas, ente una y otra página, en esta o aquella ciudad, uno u otro amor (¿dechado o desdichado?). Pero entre la errancia y la estancia, Tomás ha sentado plaza y cabeza en la palabra. Ha tomado Tomás la sesgada vía del ser, del breve estar.

La primera vez que lo encontré, en el Colegio de México, si fue esa la primera vez, porque pudo haber sido en la redacción de una revista no en vano llamada *Plural*, entre un japonés de vuelta y un venezolano de ida; pero aquella vez, Tomás no sabía si estaba llegando o yéndose, y nos detuvimos a tomar, como decía Vallejo, un «té lleno de tarde.» Estaba él en la encrucijada de seguir a una musa pasajera que le pedía elegir entre Estados Unidos y México. Pero Tomás ya estaba ligeramente sin rumbo, casi de nacimiento, en un mundo cada vez más enrumbado. Pensé entonces que la gracia ardorosa de su relato, ese «desamparado apasionado» que ejecuta, lo hacía un narrador itinerante; y que seguramente Tomás tendría que inventar un nuevo género para la biografía de ruta. Pero fue ya un exceso del camino encontrarme otra vez con Tomás en los pasillos del aeropuerto de Londres. El llegaba y yo salía, y hablamos un momento entre las filas de viajeros, más seguros de su destino. Y hace poco en un congreso dedicado, naturalmente, al exilio en la Universidad Complutense de Madrid, le tocaba a él inaugurar y a mí clausurar pero, como era de esperarse, nos canjearon los días.

Por eso, habiendo vivido en su propia encrucijada, entre uno y otro camino, no es de extrañar que Tomás Segovia no tenga la necesidad de romantizar el exilio. Su territorio ha sido siempre la lengua, y su albergue, en ella, la poesía. Más bien, cuando en los años 80 es descubierto por los escritores jóvenes de Valencia y su gran pequeña editorial Pre-Textos, Tomás vuelve a España antes de haber regresado: su poesía lo anticipaba haciendo camino. Pronto, reinstalado en España, vive de nuevo toda su vida como si se encontrara consigo mismo. No sólo porque el hombre maduro se convierte en poeta joven, gracias a sus nuevos lectores, sino porque si en México había sido un poeta casi español, en España sería un nuevo poeta felizmente mexicano. En México

se le solía leer como un lírico de estirpe clásica formal aliviado por la poesía francesa. En España, más bien, como oficiante del espíritu ritual de la poesía viva. Con su perplejidad resignada, me dijo una vez que ya no sabía de dónde era, lo que entendí yo como otra encrucijada.

Pero quizá lo más relevante de este cruzarse en el camino con Tomás sea que al volver a verlo uno retoma la conversación como si prosiguiera una frase suspendida. Tomás no es un conversador sino un confidente, presupone la intimidad del habla, y el largo rodeo del lenguaje donde la poesía le da su forma a nuestro tránsito.

Lo precede, por ello, una música recóndita. Su soliloquio discurre con cierta resonancia vocálica, como si el lenguaje se escuchase a sí mismo en el poema. Es un oleaje clásico, donde las palabras entonan los nombres que celebran el camino. Pero también es una voz romántica, que fluye como el himno, de asedio numinoso. Quizá sea la música misma del español, cuya alabanza nos viene de Garcilaso de la Vega, y cuya nitidez fue gozosa en Rubén Darío. Esta música segoviana discurre como un pensamiento: es música interior, decir de ofrenda; y nos acompaña, brevemente y para siempre.

De modo que como amigo suyo de paso, puedo asegurarles que todos los caminos conducen a su poesía.

### **Lectores y lecturas de Bryce Echenique**

(Sesión dedicada a ABE)

Leí el otro día una novela colombiana en la que el personaje, un joven estudiante radicado en Francia, despierta en una playa del Sur luego de una noche de juerga, y descubre que no tiene ningún documento en los bolsillos. «Que extraordinaria posibilidad de adquirir una nueva identidad,» se dice, y decide empezar su nueva vida declarándose peruano. Pero no se trataba de una declaración de modestia; este personaje no necesitaba hacerse, por ejemplo, argentino. Lo que en verdad pretendía, entendí, es despertar en una novela de Alfredo Bryce Echenique.

No es la primera evidencia de que los personajes de la ficción busquen un papel en las novelas de Bryce Echenique. Este mismo año, en una hermosa novela venezolana, la protagonista se lleva a la cama *El huerto de mi amada*, como si fuera una guía de amores improbables. Otra escritora buscó añadirle un capítulo a *La vida exagerada de Mar-*

*tín Romana* como si el autor narrase su biografía. Y no ha de extrañar que Bryce Echenique reciba novelones biográficos motivados por la lectura de sus libros. Tampoco el que uno de sus lectores lo haya secuestrado, soy testigo, para contarle su vida, digna, naturalmente, de ser narrada.

Mi tesis es que la narrativa de Alfredo Bryce Echenique ha consagrado la noción de que toda vida es, en principio, una novela por ser contada. Y que en la lectura de su obra, al final, cada lector encuentra la historia paralela de su propia novela, desatada por la contaminación biografista que a favor de los sutiles mecanismos de la confesión pública, Bryce Echenique ha propagado como la única plaga feliz. Pero, además, esa prolongada conversación, ese exceso dichoso de vida narrada, lleva el inconfundible arrebatado de un ágape peruano. La «vida exagerada» anuncia el tiempo extra de la charla hiperbólica, grandiosa y derrochadora que los peruanos valoramos como celebración de la amistad. Por eso he dicho que Bryce Echenique ha peruanizado Europa: los ha sacado del monólogo autoritario y les ha devuelto el habla digresiva.

No es casual que un lector sutil de las *Antimemorias* de Bryce Echenique haya sido Gabriel García Márquez, cuyas *Memorias* prolongan el mecanismo bryceano de la rememoración inclusiva, según el cual una ventana abre un pasaje donde hay otra ventana que se abre a otro pasaje donde se abre una puerta, etc. Esta puesta en presencia del pasado fluye, además, libre de la cronología y del espacio, gracias a la focalización sucesiva del relato, hecho de varios relatos, esto es, de varios lectores que comparten la lectura (dramática, humorística, epifánica) de los hechos y las hablas. La memoria, así, es el lenguaje hecho tiempo.

El mecanismo es, ciertamente, complejo y, en buena cuenta, sinfónico. Bryce Echenique ha multiplicado la posición de habla del sujeto, la perspectiva del narrador, liberando así al lector en la lectura. El lector vuelve a comenzar todo de nuevo en cada episodio. El libro equivale a la memoria pero siendo ya una lectura de la misma, ocurre que la lectura del lector acontece siempre en el presente: la lectura es la orilla de la memoria. En esa orilla despertamos liberados por el habla. La anti-memoria, por lo mismo, es escribir el pasado desde el presente de la lectura, desde los ojos del lector. Los personajes reales, empezando por el propio Alfredo Bryce Echenique, que aparecen en sus novelas; pero también, los amigos y amigas que, siempre, acompañan al narra-